



I

Con el rostro apoyado en una mano y recostada en un mullido sillón, abatida y perpleja, pienso en las palabras del médico que acaba de salir.

—Mi señora —declaró tras haberme examinado largo y tendido con una extraña mirada que relucía a través de los cristales redondos de sus *pince-nez* de carey—, lo que la trastorna tan profundamente, lo que la hace reír, caminar y llorar sin motivo, lo que la impulsa a amar y odiar, lo que la empuja hoy al bien y mañana al mal, lo que la obliga a buscar siempre nuevas sensaciones y emociones frecuentes, lo que, en fin, la vuelve una dama de alma complicada y ansiosa, es que usted, mi deliciosa paciente, es una «enervada».

Quedé muda. Las manos sobre mi regazo se me pusieron frías y sentí que el corazón me latía desbocado en el pecho. «Enervada», qué querría decir con esa palabra que suena tan mal, casi como una amenaza, como una enfermedad nueva y aun desconocida.

Siguiendo los hábitos de todos los médicos modernos, el doctor Maceu Pedrosa elogió mi pálida tez rosada vista a través de mi *peignoir* de encajes transparentes que mandé a hacer inspirado en uno de Francesca Bertini tras admirarlo en el cine, y partió después de recetarme algo que aún no he tenido la curiosidad de leer. Solo se quedaron grabados en mi cerebro su larga y expectante mirada de médico, y su diagnóstico incomprensible y nuevo para mí: «¡Enervación!».

